

► VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

En *El huído que leyó su esquelá* nada es lo que parece, porque lo que es adquiere su identidad a fuerza de pareceres, gracias a las distintas miradas de sus protagonistas. Los muertos están vivos. Los vivos viven sus vidas de tal forma que no parecen vivir del todo. Las certidumbres de algunos resultan meras conjeturas. Las conjeturas de los personajes acaban por transformarse en las certidumbres de los lectores. Los valientes no lo fueron tanto y obraron a la fuerza. Los héroes no lo son en absoluto, al menos no lo son tal y como cuentan la leyendas. Los amores que fueron no sucedieron tal y como se cree. Las pasiones hay que ponerlas a enfriar, porque toda efusión representa un engaño. Los asesinos no han asesinado y los inocentes arrastran culpas por las que deben pagar, porque, como dijo don Juan, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Con el pudor que da el conocimiento hondo sobre su oficio, Fernando Delgado construye también un homenaje a algunas de sus obsesiones de siempre, que definen su universo narrativo: la trascendencia de la Arcadia infantil de la que somos arrojados para empujarnos en adultos; la fatalidad islaña de lo canario, entendida como una metáfora de la fatalidad islaña del hombre; el apego a la sensualidad del lenguaje tinerfeño, que es el apego literario a la sensualidad del lenguaje; los perros



«NO ESTABAS EN EL CIELO» (1996)
«ISLA SIN MAR» (2002)
«EL HUIDO QUE LEYÓ SU PROPIA ESQUELA» (2017)

Fernando Delgado da por concluida su Trilogía del ahogado

► Un universo narrativo sobre «la Arcadia infantil de la que somos arrojados... la fatalidad islaña del hombre... la sensualidad del lenguaje...»



como deidades protectoras de sus dueños cómplices; la fidelidad a ciertos novelistas totémicos, como Thomas Mann. La escritura siempre acaba por ser un recuento biográfico de las peripecias físicas e intelectuales del escritor.

Nadie –nos indica Fernando Delgado en esta novela– es dueño por entero de su vida. Los personajes, es decir, los hombres, son, somos, gente a medias. Gente por hacer, por descubrir, por inventar. La gente, repito, los individuos, somos islaños se mire por donde se mire, islas humanas, aunque hayamos nacido en el Continente.

Nadie puede escapar a la trama policiaca de su biografía –nos enseña *El huído que leyó su esquelá*–, porque nadie puede escapar al crimen final con que dicha biografía termina. El último acto –lo indicó un filósofo– siempre es sangriento. La tarea de la literatura, tal vez, no consista en otra cosa más que en conducir al lector, paso a paso, hasta ese desenlace, procurando dar pistas para hacernos una idea acerca de qué ha ocurrido en verdad con el caso que se investiga. Para hacernos una idea acerca de qué ha ocurrido con nosotros mismos.

Los narradores – como hace Fernando Delgado en esta obra, con emoción, sabiduría e inteligencia – son todos, en cierta medida, detectives que administran para sus lectores las pruebas del delito.

EL HUIDO QUE LEYÓ SU ESQUELA (fragmento)

Los arcos recuperan las hojas en su escalada por el cerro que sube al otro lado del río como premonición del tiempo de bonanza; una luz cicatera, retenida tras una nube que se esclarece un poco, se proyecta sobre los abetos de la urbanización que tienen enfrente Erica y su amiga Angélica, y transmite con levedad una cálida sensación a la tarde de sombras en la que el humo de las calefacciones de Berna empaña la limpieza del aire.
–¿Lloras?
–Sí, lloro.
–¿Y tienes alguna razón para la sospecha?
Cuando Angélica le hace preguntas como ésa, Erica se arrepiente de haberle dicho nada, para qué.
Le explica simplemente que encuentra au-

sente a Charles, ido, cada día más ido, pensando en otras cosas...
Rezonga y dice al fin:
–Pensando en otra.
–¿Estás segura de que piensa en otra?
Sí, está segura, de lo que no está segura es de que se trate de otra aquí y ahora, más bien de otra en otro mundo.
No se ha atrevido a decirle esto a Angélica, cómo va a decirselo, cómo va a contarle estas rarezas.
Tampoco puede contarle su miedo, pero le ha insistido mucho en el miedo.
Seguramente Angélica piensa que el miedo del que le habla es el simple miedo que cualquier mujer puede sentir por perder a su pareja.
Por eso le da una respuesta previsible, le dice que el miedo no lleva a ninguna parte...



La novela de Valenzuela traslada la corrupción española a Tánger, pero no siempre fue así. En la imagen el Teatro Español de la ciudad tangerina, un clásico del racionalismo de los años 30.

Abelardo Muñoz
Periodista y escritor

»»»

En la estela de novela policiaca con crítica social –que inventó para el mundo el gran Hammett, con su *Cosecha roja* (Red Harvest, 1929)– se sitúa esta segunda entrega de las aventuras y desventuras de Sepúlveda, el barrigón profesor de literatura en Tánger, creado para la ficción por Javier Valenzuela.

Corrupción política y económica, crimen y erotismo, forman un cóctel irresistible. Y en medio de esa vorágine, unos personajes que se buscan a sí mismos. *Thriller* clásico, aderezado con una visión sociológica del universo magrebí en plena transformación. No es casual que el auge que tiene el género en Europa coincida con el aumento de la injusticia social y económica, la violencia y amenazas yihadista y fascista a un tiempo, que ha sembrado el miedo en la gente.

Sepúlveda, personaje enamorado de la ciudad marroquí de los mil secretos, es el prototipo del hombre normal que se ve sumergido, sin comerlo ni beberlo, en un mundo de aventuras. Un tipo que vuelve a meterse en líos relacionados con la trama de corrupción que vive la península. Los gánsteres de las finanzas cruzan esta vez el Estrecho para hacer negocios al paio de la especulación urbanística en el país vecino. Pero en esta ocasión Sepúlveda tendrá una aventura amorosa de alto voltaje que suavizará la trama en aventuras de alcoba.

La novela negra es un género óptimo para destripar el orden establecido, desvelando los sepulcros blanqueados del poder. *Limones negros* sumerge al lector en los intrínquilos que acontecen en las dos orillas del Estrecho. En ocasiones, un relato de realismo sucio que incluye el proxenetismo y la violencia sexual.

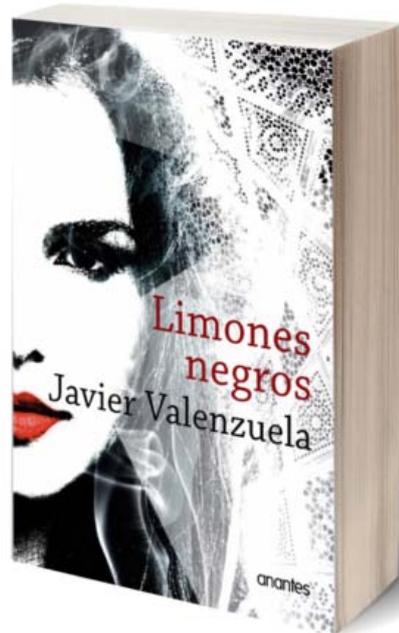
Voracidad financiera en la parte española y transformación urbana en la marroquí. Conocer de las entretelas del reino alauita, amigo de intelectuales y saltimbanquis tangerinos, Valenzuela aprovecha su segunda novela de intriga para describir, con diáfana y bien estructurada prosa, las transformaciones sociales que se están produciendo en la ciudad legendaria.

LIMONES NEGROS >>>
Javier Valenzuela
► Antes
309 PÁGS. 19 €

Sobre todo, en el puerto de Tánger, cuyo perfil histórico desaparece a toda velocidad para transformarse en un atracadero de yates para ricos. Un poco como ha sucedido en el de Valencia, fachada marítima histórica, desvirtuada por la funesta gestión pública al servicio de ruinosos negocios.

Si en su primer libro, *Tangerina* (Planeta, 2015) ya desbrozaba el autor la realidad magrebí –como una corte de los milagros donde cualquier cosa puede suceder– en *Limones negros* el protagonista actualiza el relato, incorporando las últimas novedades del pudridero español.

Sepúlveda es un intelectual enamorado, y será una protagonista excepcional, la intrigante Adriana, personaje muy bien diseñado, el factor femenino que agitará su vida. A través de la mujer se conoce uno mejor a sí mismo. Esta picante mezcla de sexo con sabor a hierbabuena y comino, recorre el relato. De paso, el autor salpica la trama con estupendas descripciones del tutilimundi africano, además de referencias culturales e históricas de notable interés para viajeros que se aventuren por el Norte de África.





Tánger es una ciudad mítica para la literatura desde la estancia de los Bowles en la misma. Allí recibieron, entre otros, a un jovencísimo Truman Capote en 1949.

VALENCIA, BEIRUT, RABAT, PARÍS, USA... PERIPLO DE UN REPORTERO

El nuevo periodismo de Javier Valenzuela

Juan Lagardera
Periodista y editor

»»

Pocos conocen que el lugar donde Javier Valenzuela veló armas periodísticas por primera vez en serio, mientras estudiaba Económicas, fue Valencia. Este dicharachero granadino ya había publicado en la mítica revista de la época, el libertario *Ajoblanco*, pero no fue hasta su pertenencia a la redacción que refundó modernamente el *Diario de Valencia* que no conoció los trasiego de la prensa diaria, a la que ya no abandonará durante cerca de cuatro décadas.

De Valencia se fue pronto pero dejó una buena cosecha de amigos. Los mismos con los que comparte su visión del periodismo como un género narrativo. Sus tertulias siempre hablaban de escritores, del deseo de un tiempo en una cabaña solitaria para escribir esa novela que todo periodista de la escuela clásica lleva dentro, de Truman Capote y de toda la banda de nuevoperiodistas que alumbraron la prensa y las letras norteamericanas: Norman Mailer, Tom Wolfe, Gay Talese, Hunter S. Thompson...

Valenzuela se hizo con la sección de Sucesos del *Diario de Valencia* y en cuanto pudo llamó a la puerta de *El País*, donde comenzó siendo poco menos que el último soplón de su redacción histórica en los 80. No tardó en presentarse como voluntario para abrir la corresponsalía del diario madrileño en Beirut, entonces aislada por conflictos interminables e irreductos. El reportero Valenzuela tenía al fin la oportunidad de lanzarse a tumba abierta con sus crónicas de la guerra sin cuartel libanesa. Estábamos ante un narrador excepcional y no tardó en ser removido a una plaza más importante y cercana: Rabat.

En Marruecos no había muertes ni batallas, pero Valenzuela

encontraba temas debajo de las piedras del desierto, tantos que en cuanto quedó libre la plaza de París se la confirieron sin rechistar. Y en París fue la repera. El periodista alado en que se había convertido puso Francia bajo sus pies. Sus crónicas y reportajes fueron memorables, los mismos que ahora se echan en falta cuando la oleada Le Pen sacude Europa desde las *banlieues* y el país profundo. Sus escritos sobre el Tour fueron memorables.

Tal fue la renovación narrativa que Valenzuela impulsó desde Francia que cuando el todopoderoso Juan Luis Cebrián tuvo la idea de darle un cambio total a «su» languideciente *El País* le buscó como el candidato ideal para dirigir aquella revolución. Demasiado para la vieja guardia. Las luchas internas que también existen en las redacciones le obligaron a bajar un peldaño el rango: no fue el director de *El País* sino director adjunto. No aguantó demasiado en esa indefinida parcela y regresó a la carretera: corresponsal volante en los Estados Unidos.

Ahora, por fin, y tras una pequeña etapa en la política -junto a Rodríguez Zapatero-, Valenzuela está realizando el sueño de los grandes reporteros: escribir novelas. No es gratuito que se haya retirado a una de las ciudades más novelescas del Norte de África en busca de sus mejores fantasmas: el mundo árabe, Paul Bowles, Capote, el Mediterráneo. Él ha sido el gran periodista español de estos últimos tiempos.

Javier Valenzuela (Granada, 1954) es uno de los grandes reporteros del periodismo español contemporáneo.
PILAR CORTÉS

«Limonos negros» se traza como un «thriller» clásico en Tánger, aderezado «con estupendas descripciones del tutilimundi africano»

La novela de Valenzuela nos descubre también las cosas buenas de Tánger. Sus barrios más populares, sus lugares para la *jet*, sus paraísos perdidos. Para escribir *Limonos negros*, Valenzuela se instaló en la casba tangerina y así documentarse sobre el terreno. El resultado es una historia de intriga que a la vez nos permite pasear como un visitante más por esa ciudad mítica. Sus plazas y calles, sus gentes, sus lugares más interesantes.

Un escritor que tendió ya hace tiempo un puente de plata entre las Columnas de Hércules. Eso le permite tener una visión de primera mano de los secretos de la ciudad. Así, el lector va descubriendo los mejores chiringuitos para comer, o los lugares más interesantes por donde se mueven sus personajes. No solo es un relato de misterio e intrínquis policial, es también un minucioso retrato sociológico del Marruecos moderno.

Valenzuela no desaprovecha la ocasión de ilustrar al lector con infinidad de datos culturales, antropológicos e históricos que destilan una visión progresista del mundo. A menudo, hace sermonear a su personaje Sepúlveda ristas de verdades sobre la realidad social que vivimos en Occidente. Sepúlveda, como el autor, es un intelectual concienciado, un humanista, y no pierde ocasión para desvelar mentiras. Recuerda en ocasiones al Carvalho de Vázquez Montalbán.

Son los personajes femeninos de la novela los más interesantes. Hay en la historia una fascinación desbordada por las *femme fatale* y, a un tiempo, una visión de igualdad de género, que se encarna en una simpática agente de la Guardia Civil. Javier Valenzuela rompe las fronteras a ambos lados del Estrecho, mostrando la basura que se esconde bajo las alfombra del zoco español.

Cosecha magrebí

Tras su primera novela, «Tangerina», Javier Valenzuela publica un nuevo libro, «Limonos negros», centrado en la ciudad del Norte de África que se vuelca sobre el Mediterráneo. Al modo de una amena guía turística de Tánger, con un indudable trasfondo social, se desarrolla la trama de este relato, un «thriller» dedicado a la corrupción española que ha saltado el Estrecho.